

JUAN CARLOS DAVALOS: EL NARRADOR DE SALTA

CARLOS ORLANDO NALLIM

Hay en el norte argentino, más precisamente en el noroeste, una provincia que abarca colosales cumbres andinas que alineadas en cordillera, con su presencia sobria, sus altiplanicies desiertas, sus puertos escabrosos, la separa de Chile. Con sus estepas y salitrales asume características de paisaje ajeno al planeta, con sus montañas interiores que implican quebradas ásperas o valles fertilísimos, se alarga hacia la llanura y orientándose cada vez más al trópico se convierte en selva cerrada, donde la fauna salvaje y el hombre esforzado conviven con inmensos tabacales, campos de caña de azúcar, turgentes torres que señalan yacimientos petrolíferos.

Este "país", dentro del país, que progresa a pasos apresurados tiene su cabeza en la ciudad de Salta que brinda su nombre a la provincia. Ciudad signada desde su nacimiento, en el siglo XVI, por el camino real que unía la Lima virreinal con la región poco conocida pero anhelada que denominaban el Tucumán. Los entendidos no se ponen aún de acuerdo sobre la etimología del nombre. Prefiero adoptar la que más me gusta, la etimología aymara, y decir que es la "ciudad del peñón". Peñón es el símbolo que signará su destino histórico, porque será a la vez que hito ansiado para el viajero de soledades, fortaleza y atalaya, baluarte y frontera. Contra los indios calchaquíes en la colonia, contra los ejércitos realistas durante la independencia. A favor de la tradición antes y después de la independencia. A favor del progreso rápido desde hace algunas décadas. Pero siempre orgullosa de su estirpe, de su quehacer e influencia diferentes en la unidad mayor que es la nación.

En el siglo XVIII ya es una ciudad de arquitectura decidida, que podía contar con un Colegio de Humanidades, dirigido por la Compañía, y hasta con una cátedra de filosofía. Se comía en vajilla de plata, no en balde el tráfico de los "peruleros" dejaba sus réditos. Los indios vencidos se rinden ahora ante el Señor del Milagro, o ante la Virgen del Milagro y el Señor de las Lágrimas. Con las luchas por la independencia, los primeros decenios del XIX la hacen cabeza visible de una guerra que se llamó gaucha, en la que la provincia toda levantada en armas se convierte en escudo y lanza de una larga, cruenta y extendida guerra.

Balcones andaluces, encarnados claveles, viejas casas de zaguán y reja que dejan ver un patio de verde y flores, todavía —gracias a Dios— la distinguen y puede admirarse desde el gran balcón natural que es el cerro San Bernardo que se allega. Gente culta, melodía de cadencia montañesa, dulce y despaciosa. Sencilla, señorial, de familias notables, conocidas, le cuesta un tanto despojarse de sus atributos para aceptar los nuevos raseros de mayor bienestar y paradójicamente mayor alienación que pretenden nivelarlo todo, en todas partes.

A esta ciudad y a esta provincia le cantó con amor, en verso y prosa, un hijo notable de cuya obra nos ocuparemos ahora. Juan Carlos Dávalos (1887-1959), quien escribió sobre su tierra y sobre su gente, sobre sus paisajes tan variados y sus hombres siempre distintivamente salteños.

Cuando se habla de la narrativa hispanoamericana del siglo XX, cuando sobre todo se considera su tremendo impacto en el mundo, en las dos últimas décadas, el nombre de Dávalos permanece un tanto olvidado. Amigo del "rincón" salteño, más que de la gran ciudad capital federal. Ha permanecido, salvo para sus comprovincianos y los conocedores, arrinconado en algunos manuales de literatura o en algunas audiciones radiales o televisivas "argentinas", o notas más o menos folclóricas.

Quizá, y a pesar del riesgo siempre presente de las simplificaciones, convenga detenernos un momento en aquello de si Dá-

valos es cultor del folclore. Riesgo que se agranda desmedidamente cuando hay que partir de una base tan discutida, de un concepto no unívoco como es el de folclore.

Se hace necesario distinguir entre varios folclores dentro del mismo mapa argentino. Como sabemos, la mezcla del indígena con el español dio resultados diversos de acuerdo con el nivel cultural de los distintos pueblos nativos que sorprendió la conquista. Así, poco o nada queda de los indios pampeanos cuyo escaso nivel cultural permitió que su recia oposición al blanco terminara en un decidido fracaso y en la desaparición de su escasísimo acervo cultural. Conocido también es el hecho de que los habitantes de las selvas del noreste quedaron marginados mientras que los pueblos del noroeste, sometidos al dominio español, supieron con las armas de sus culturas, en mucho superiores a las de los otros pueblos de la Argentina, preservarlas y enriqueciéndose, enriquecer a la que brotó de su simbiosis con la blanca. Mezclaron sus sangres y unieron sus culturas.

En este nuevo medio cultural la coexistencia de ritos cristianos y algunos gentiles perduraron al lado de creencias ancestrales no siempre disimuladas y hasta hoy vigentes. En pocas palabras, el ambiente o los ambientes folclóricos argentinos tienen también su cauce natural histórico bien perceptible y que ha sido y sigue siendo estudiado por especialistas de la materia. Para quien quiera introducirse en la materia siempre será recomendable se detenga en el "mapa folklórico-literario de los ambientes convencionales" argentinos elaborado por Augusto Raúl Cortazar para "Folklore literario y literatura folklórica"¹.

De todos modos, quizá convenga distinguir al escritor que escribe literatura popular. Si la llamamos folclore hay que aclarar in-

1 Este trabajo abarca —vale la pena recordarlo— casi cuatrocientas páginas del tomo V de la *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, 1959. En este mapa los "ámbitos" se titulan jujeño, noroéstico, cuyano, patagónico, de la selva, central, pampeano, litoral y su sola vista ayuda a comprender la riqueza folclórica nacional, que en sucesivos y sendos capítulos se analiza "ámbito" por "ámbito".

mediatamente que se trata de un folclore especial: no es creación popular, transmitida oralmente de generación en generación, aunque cada generación sepa, a su vez, recrearla, es literatura de autor de nombre conocido, aunque sus motivos, cuando no los temas y los ambientes vengan desde lejos.

“El nublado tapó todos los rumbos, el camino se borró bajo la nieve. Tuvieron que guiarse por las osamentas que en muchos años de tráfico habían ido amojonando el camino con su espanto grotesco. Veíanse, de pasada, montones de costillas y de vértebras, grandes huesos que los zorros habían roído, cornudas calaveras que aun guardaban en el cuerpo momificado del hocico la mueca torturada de una agonía solitaria. Caminaron así toda la tarde; caminaron así toda la noche, cruzando llanos, salvando cuestras, bordeando laderas, siempre bajo el mismo cendal de nieve silenciosa, sutil, continua, inacabable. Caminaron hasta el momento en que la cerrazón, cada vez más tupida, se anticipó a la noche del segundo día. La tropa al detenerse fue derritiendo la nieve con el calor de los cuerpos y quedó como encerrada en un corral fantástico”².

El arreo que llevaría el ganado al norte de Chile, se había iniciado, abajo, en el valle de Lerma, en sus blandos pastizales. Los deliciosos invernaderos, llegado el momento en que la tropa arisca y juguetona, cebada y veloz, iniciaba la marcha hacia las alturas, semejarían al ganado lo que a los peones, un despedirse doloroso. Pronto el camino escabroso se encargaría de disciplinar la tropa guiada por cuatro sufridos arrieros. Seguirían subiendo, buscando el paso cordillerano, y arriba había que seguir: si la cordillera lo permitía.

“Andar, andar siempre, caminar noche y día, es el afán constante del arriero, pues a cada legua la novillada merma de peso y es necesario llegar a Chile en las condiciones exigidas por los con-

² Juan C. Dávalos, *El viento blanco*. Citamos por la edición *El viento blanco y otros relatos*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963, p. 23.

tratos". Si la cordillera lo permite. Antenor Sánchez, el patrón gaucho salteño, lo sabe, sus tres peones también lo saben. En las alturas de Catua, antes de iniciar la etapa más difícil, el guatón Calloja le había advertido sobre el posible próximo temporal. El cambio de luna, no había nevado aún, fines de junio. En su "casa" de Catua el baqueano conocía a fondo la antiplanicie y la montaña, y podía pronosticar... Pero Antenor Sánchez tenía apuro en cumplir con su contrato y llevar los vacunos a San Pedro de Atacama. Valiente, se convirtió en audaz y quiso pasar a pesar de la advertencia del amigo baqueano.

Reiniciada la marcha, durante seis días en tierras de Chile no hallarían hierba, ni agua, ni refugio alguno. A la desolación pronto se le unen las primeras ráfagas del huracán. El indio Anastasio Cruz hubiera deseado volver a Catua: en la noche pasada un zorro se le había cruzado por delante de derecha a izquierda. Sánchez no se echaba atrás, el indio obediente volvió junto a la tropa para seguir adelante. Luego la visión entre real y fantástica transcripta, donde las osamentas más que amojonar el camino, se convertían en siniestros agujeros. La nieve blanca anticipó la noche oscura, la sangre caliente y aterrada y la nieve fría e impasible.

La tensión del relato adquiere proporciones que "in crescendo" lleva al terror de las bestias y los cristianos. Olfatean la muerte, el ganado bala quejumbroso, los hombres abatidos continúan su faena con redoblados esfuerzos. El gaucho patrón reflexivo, arrepentido, pero pertinaz. Los gauchos peones sin resentimiento, siempre leales. El que venía enfermo, Loreto, daba pena, pero no quería molestar y se aguantaba.

Cuando no hubo otra solución que apalea la nieve con las caronas, Antenor Sánchez pide a sus peones que opten entre hacerlo o, para mayor seguridad personal, abandonar la tropa y salvarse ellos más pronto. Más que peones, amigos; más que hombres, héroes, se decidieron por lo más difícil. Tras tanto trabajo, cuando el camino quedó abierto, el viento blanco, el viento huracanado de nieve y muerte atrapó a la remesa entera y la sepultó. "Mudos,

quietos, anonadados”, los hombres vieron aquella sepultura blanca y colectiva de su ganado. Loreto no alcanzó a recibir las friegas de nieve. La nieve fue su sudario. Los tres restantes siguieron el camino “luchando mano a mano con la muerte, aturdidos por el azote que les helaba la sangre, compelidos por la necesidad instintiva de vivir”. La narración termina así, la emoción prosigue más allá del cuento, en el corazón del lector.

Pieza de antología, ha llegado a ser la narración de Dávalos por excelencia. Muchos, hasta los menos letrados, recuerdan al autor por este cuento. Cuento en que se nos aparece un paisaje o una serie de paisajes, rápidamente descriptos, hondamente sugeridos, que nos llevan del valle fértil, el de Lerma, hasta el cordillerano de desolación, nieve, viento y muerte no sin antes ascender una quebrada difícil o sentir la estepa de la altiplanicie. Paisajes que se continúan en una ruta secular, que se pueden señalar en un mapa precisamente. Aquí, cabe destacar que a pesar de haber sido formado en la generación modernista, morosamente descriptiva, Juan Carlos Dávalos, también en esto es tradicional, usa la técnica de la sugestión. De manera que las acciones no se desarrollan en el paisaje sino que el paisaje se configura y vive narrativamente.

Estos paisajes norteños están animados por una tropa y sus arrieros. La línea argumental es breve tanto como conviene a un cuento muy bien equilibrado. La peripecia se reduce a un cruce cordillerano, en el que el silencio parece jugar en los muy breves diálogos, en el que éstos son apenas paréntesis —aunque importantes— en las descripciones también breves y en la apoyatura narrativa.

La etopeya del protagonista, Antenor Sánchez, surge de algunos recursos verdaderamente maestros. El relato, por ejemplo, se inicia con su nombre. Su autoridad, queda expuesta en la frase inicial: “Antenor Sánchez dio la voz de alto”. Presencia y mando que presidirá el cuento hasta el final. Si hasta “proclama” la muerte: al final es él quien llama a los peones para dar las friegas de nieve al enfermo y es él el que le quita el “chulo”, le palpa las mejillas, lo mira en los ojos y exclama: “No hay caso; ya ha pasao... ¡está muerto!”.

Cuando se detiene en el personaje lo hace en dos párrafos: El hombre de bien y perspicaz, en el primero, rematado por una afirmación que queda vibrando: "Era hidalgo de raza y gaucho por educación y temperamento". En el segundo se suman las cualidades de su casta y las aptitudes del indio.

El animal participa de la experiencia del amo. Su mula no es descripta pero a ella se le dedica un inusitado elogio, el de ser "baquiana" para comer (daba vuelta de raíz la mata esteparia para no dañarse el hocico). Al elogio en boca de un peón, Antenor contesta "—Van doce viajes que me acompaña. Sabe buscarse la vida". Tal caballería para tal jinete.

Los peones, los tres peones que acompañaban al gaucho patrón también tienen su etopeya, singular quizá porque representan al gaucho salteño, que se aguantan en silencio, hablan parca y lentamente, trabajan contentos, resignados enfrentan los males de la vida, alegre o de fiesta saben comunicar su contento y participar del regocijo colectivo. En el cuento que nos ocupa la faceta que se nos muestra es la del sacrificio: "seres pasivos y leales en cuyas rudas almas el sufrimiento era un hábito heroico. Ellos no dijeron ni una palabra de queja, pero Sánchez les había visto en diversos momentos ocultar su aflicción y sacudirse sollozando en silencio". Obedientes, leales y amigos del gaucho que los manda con la autoridad que emerge del ejemplo, cuando por él tienen que jugarse lo hacen sin dudar, al requerimiento de si seguir o no, cuando la tormenta y el peligro son tales que arredran al más valiente, la respuesta unánime de estos hombres veteranos en el sufrir y sufridos sin queja, se contiene en un "—A lo que usted ordene, patrón".

El baqueano, personaje infaltable en todo ambiente de cordillera andina, también tiene *El viento blanco* su lugar, como en todo buen cuento su importancia emerge no del escaso número de líneas que se le dedica sino de lo que esas líneas son capaces de sugerir. Heriberto Calloja "aprendió a conocer la cordillera como a sus manos, en veinte leguas a la redonda". "Predecía con certeza de augur los cambios de tiempo y sólo él sabía hallar el rumbo de salida

cuando la nieve, tapando las huellas, transformaba por completo los aspectos habituales del camino". Cuando se da cuenta de que Antenor Sánchez se había obcecado en cruzar a pesar de sus advertencias, las concluye diciendo: "—Ta güeno, entonces. Pero con "esa" no hay jugarse" (sic), refiriéndose a la cordillera. Luego, cuando el peligro y la muerte empiezan a rodear a los arrieros, Antenor Sánchez se arrepentirá, en sus reflexiones, de no haberlo escuchado, pero ya no había remedio.

Personajes que son verdaderos caracteres, cuya presencia vigorosa casi siempre emerge de siluetas dibujadas con mano maestra, fruto del dominio contenido, nunca aspaventero, de la lengua y de un arte maduro del relato. El cuento tuvo su primera edición en 1922. Han pasado cincuenta años y sin embargo no ha perdido frescura.

Quien leyó a Juan Carlos Dávalos y conoce Salta observa rápidamente la verdadera comunión entre el autor y el medio. En este sentido el tiempo no ha pasado. Quizá porque todavía la gente del campo está aquerenciada a sus ranchos, siguen afectos a su dieta de papa, maíz y trigo, el loco y el frangollo siguen siendo sus platos favoritos. El paisaje, extendido, desértico, de vegetación escasa y achaparrada frente al cordón o cercado por el cordón de montañas nevadas, de cabras trepadoras, mulas lentas o bicicletas sin apuros, pircas coloreadas o grises como la piedra, en cualquier momento se convierte en vergel, surcado por arroyos cristalinos, donde la vida se hace menos difícil y hasta holgada. La belleza natural de inusitada frescura alberga la historia y costumbre, el paisaje puede cambiar bruscamente, su gente lo hace sin prisa. Todavía hoy es dable ver familias de poncheros, donde las niñas aprenden guiadas por la experiencia de sus mayores, la tan antigua como doméstica industria del tejido, en telares rústicos, que salen de la "casa" para tenderse entre árboles amigos. Más allá una yunta de caballos tritura el trigo.

Como no existe un módulo que nos permita decir qué cantidad de fábula o qué dosis argumental es necesaria para saber cuándo una narración es cuento y cuándo artículo de costumbres, lo mejor

será seguir ateniéndose a la realidad concreta. No existe la entelequia cuento, así que es inútil excederse afinando las definiciones genológicas. *El viento blanco* es un cuento, ya que lo argumental aquí decisivo se une, se diluye y paradójicamente se impone junto a lo lírico, lo costumbrista, lo social³. Así en vez de un producto refinado, desde el punto de vista de los géneros, el cuento de Dávalos lleva una inmensa carga de preocupaciones como las vive su autor, y trasunta su modo de pensar y sentir. Pero tampoco confundir con el narrador intencionado que en vez de un cuento quiere escribir una doctrina o exponer una ideología.

Día llegará, y no está muy lejos, en que el telar rústico de la campaña salteña que aún permanece como retando a la gran industria textil urbana terminará por desaparecer y con él, el poncho rústico o la mantá que hasta en la hechura, ya antes de la segunda guerra mundial, se jactaba de usar anilinas alemanas y hoy de seguir usando las buenas nacionales. Desaparecerán las familias poncheras y aunque dibujen, con sangre de la última "carneada", una cruz o alguna imagen ritual prehispánica, las imágenes impresas o esculpidas en serie ya lo invaden todo. La mula y el burro dejan su lugar a la bicicleta, y ésta a la motoneta o al automóvil, el camión compite con el tren en el traslado de ganado, y los arrieros desaparecen, las largas invernadas somnolientas y poéticas son reemplazadas por reses enfriadas en plantas frigoríficas y transportadas en unidades o cámaras de frío manuales, baratas, rápidas.

Por sobre todo ello permanecerá el testimonio de escritores que, como Juan Carlos Dávalos, supieron cantar, en verso o en prosa, la alegría sin precio, el espíritu de sacrificio imponderable de hombres distintos, individualistas, que se conformaban con vivir pero que sabían el cuánto y el cómo de esa vida. Hoy en que todo,

3 Si nos limitamos a la edición que estamos usando, hay que advertir que lleva el título genérico de relatos (*El viento blanco y otros relatos*) con lo que se obvia el inconveniente de las difíciles precisiones. Así, *El atajacamino*, *El secreto del opa*, *De hombre a hombre*, *Un sepelio atmosférico* (*Crónica de 1891*), *La Zancadilla y la cola del gato* y *Cuatro cuentos del zorro*, siguen a *El viento blanco* y llenan el tomito.

hasta la dieta gastronómica, tiende a unificar y masificar, testimonios como la obra de Dávalos adquieren un valor superior, sin olvidarnos, claro está, de que se trata de un valor literario, artístico y no sólo de un buen artículo de costumbres, aunque el costumbrismo no le sea ajeno ni mucho menos.

Cabe recordar al respecto, que el color local que en el Romanticismo español es fruto de una doctrina literaria explícita, en ciertas regiones de América se impuso como una normalidad y por eso cuando se lee a Dávalos hay que evitar colocarse en la perspectiva de la naturaleza más o menos pintoresca o exótica y apreciar que se trata de literatura, es decir, de captación de lo universal a través de lo concreto. Por lo demás, en Dávalos, está viva la tradición española y su modo de caracterizar a los personajes, situarlos y moverlos no tiene solución de continuidad con una narrativa que arranca, por lo menos, de la del Siglo de Oro. De modo que el valor de Juan Carlos Dávalos trasciende su dimensión documental o si se prefiere que ésta ha de valuarse desde su completa lucidez de escritor culto.

Más arriba decíamos que no existe la entelequia cuento y que es mejor atenerse a las realidades concretas. Cuando de escritores arraigados a su suelo se habla debemos recordar a nuestro autor. Arraigado en Salta por haber nacido allí, en La Montaña, cerca de San Lorenzo. Pero sus raíces son más profundas y nos llevan a nombres de solera criolla, Domingo Gervasio de Isasmendi, por su abuela paterna, el último gobernador realista de la provincia, Francisca Güemes, por línea materna, hermana del famoso gaucho héroe. En el caso de Dávalos hablar de estirpe, sangre, raíces, no es caer en prejuicios sociales. Es simplemente una verdad. Quizá por eso nuestro escritor, ni engreído ni falso modesto, se sentía seguro de lo que quería, de lo que amaba. Si el paisaje es naturaleza subida, quién mejor que Juan Carlos Dávalos para contarlo. Quién mejor que él para entender a la gente de su provincia y describir y lograr literariamente verdaderos arquetipos que habrán de perdurar por obra de su pluma.

Criollo, descendiente de gobernadores realistas y de héroes patriotas. Criollo amante de su suelo y cultor de una lengua heredada, rica y enriquecida por esta América que la siente suya. No hay gratuidad en esta afirmación ni sensiblerías provincianas. Desde muchacho, bajado a Buenos Aires a estudiar, pudo asistir a los cenáculos literarios de la época o a los cenáculos más fatigosos que son las redacciones de los periódicos y sin embargo cuando recuerda aquella época afirma:

“Ninguno de los poetas que empezaban a brillar entonces me satisfacía, ni yo me sentía capaz tampoco de igualarlos, ni de imitarlos, porque en la niñez, en la biblioteca de mi padre, había leído a Lope, Calderón, Góngora, el marqués de Santillana, Manrique, fray Luis de León, etcétera y así, mi catecismo se sublevaba contra el aparato palabrerío y la manera afectada de simbolistas y decadentes”.

Así, prefiere volver a su Salta, a vivir, y viviendo lo que siente más suyo creará, es el reencuentro del poeta con su medio. Y los libros se suceden: *De mi vida y de mi tierra*, versos, 1914; *Cantos Agrestes*, versos, 1917; *Don Juan de Viniegra Herze*, teatro, 1917; *El viento blanco*, cuentos, 1922; *Los casos del Zorro*, cuentos, 1924; *Águila renga*, teatro, 1929; *Los gauchos*, libro de “la vida y costumbres” de los gauchos de Salta, 1928; *Relatos lugareños*, 1930; *Los buscadores de oro*, cuentos; *La tierra en armas*, teatro, 1932; *Otoño*, versos, 1935; *Los valles de Cachi y Molinos*, 1937; *La venus de los barriales*, 1941; *Estampas lugareñas*, 1941; *Cuentos y relatos del Norte Argentino*, 1946; *Salta, su alma y su paisaje*, 1947; *Últimos versos*, póstumo, en 1961⁴.

Para los largos y jóvenes 72 años que vivió el autor, el número de obras no es alto. Fue consciente de ello y reconocía que le gustaba

⁴ Registramos el año de la primera edición en todos los casos. *Cantos de la montaña* fue una tercera edición, parcial, de *Cantos Agrestes*. *Águila renga* y *La tierra en armas* fueron hechas en colaboración con Guillermo Bianchi y Ramón Serrano, respectivamente.

más leer que escribir, más meditar que hacer. No hay que olvidar que este señor, jamás señorón, que etse hombre que se sentía tan unido a su "habitat", que regresó a él después de su estancia en Buenos Aires, donde alternó con Evar Méndez, Enrique Méndez Calzada, Juan Alfonso Carrizo y otros poetas y escritores, se sintió poeta y sus primeros libros son precisamente de versos. Pronto se dio cuenta que se sentía más a gusto en la prosa y se nos ocurre pensar que hallamos tanto poesía en sus líneas cadenciosas, naturalmente cadenciosas, como en sus medidos versos.

Es que la estructura natural de la lengua también tiene su ritmo y medida cuando se la domina y se la sabe cultivar: sencilla, sí, pero de aquella sencillez no fácil de lograr que suele distinguir a los buenos prosistas. A igual que Cervantes se dolía de sus "malos versos" respecto de su "buena prosa", y no obstante si leemos un poco más sus versos, a igual que en Cervantes el sentimiento de malos poetas que a veces los abruma es excesivo. Ya que tanto en uno como en otro no sólo se pueden rescatar algunos versos sino que también encontramos verdaderos buenos poemas. Pero la fama, y el saberse buen prosista tiene su peso⁵.

Manuel Gálvez en el último tomo de sus *Recuerdos de la vida literaria*, recuerda con desenfado a los hombres y a los hechos, y a pesar de su aspereza de viejo experimentado, cuando se refiere a Juan Carlos Dávalos lo recuerda como hombre de "talento, y personalidad y capacidad creadora. Era un típico argentino del Norte, y toda su obra tiene valor representativo. Algo de ella vivirá, por lo menos *El viento blanco*, impresionante y vigoroso relato, que

5 Vid. por ejemplo *Ausencia* (de su *Antología Poética*): ... "y amas mis malos versos más que mi buena prosa". En la tercera y última estrofa puede uno admirar la frescura, la claridad, la popularidad de estos pareados:

"Nuestro amor fue mirar, y reír y llorar,
y hablar yo de mi tierra, y hablarme tú del mar,
y aun no poder vivir separados y aun no
dejar de pensar uno lo que el otro pensó"...

sucede en la cordillera”⁶. No importa la reticencia al juzgar su obra, que queda olvidada en el mismo contexto cuando dice de su capacidad creadora.

De acuerdo con Gálvez. Vemos en *El viento blanco* un vigor muy especial que lo destaca del resto de la producción de narrador. Pero este resto no es adocenado ni mucho menos. Quizá convenga citar al mismo Gálvez, quien años antes del juicio transcrito decía en el prólogo a *Salta*: “Como narrador, Dávalos muestra notables cualidades. Hay en su libro escenas de gran belleza: la de los burritos leñateros, que pasan lentamente por los calles, curioseándolo todo y metiéndose dentro de las casas; la de la riña de gallos, que tiene tanto movimiento y tanto color como las descripciones análogas de Sarmiento”; para terminar evocando la poesía montañesa presente en la narración de los amores de Serapio Guantay. Aquí creo que podemos encontrar preciosos testimonios de verdaderos artículos de costumbres.

El atajacamino por ejemplo, comienza con el “Tun, tucutún, tucutún, tun tun”... del redoble monótono de la caja, que acompaña un violín destemplado y espaciados disparos de escopeta, todo en honor del Niño Dios, es el misachico quebrada abajo, vísperas de Navidad. Aquí cabe la descripción minuciosa y a la vez ágil de la procesión que tiene como meta la capilla del valle donde el padre cura les dirá una misa. “Es la fiesta de los puesteros del cerro, la fiesta tradicional de los Sarapura, que guardan desde hace ochenta años en el rancho de su jefe, un Niño Dios de encarnación, vestido con polleritas de seda, y muellemente tumbado sobre un montón de musgo, entre flores de trapo, en medio de un cajoncillo empapelado y cerrado con portezuelas de cristal”. Luego, vendrá la fiesta en la casa de una vecina y tendremos noticias curiosas de creencias, danzas, comidas, y hasta una puja amarga entre el festejante Pantaleón Vilte, el indio bueno y vecino, y Ventura Tintilay, el domador, guapo y

⁶ MANUEL GÁLVEZ, *En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, 1965, p. 242.

valentón. Entre el indio que no sabe pelear pero que está enamorado y el gaucho cuchillero que viola su prenda, está el eterno desgarró del amante desesperado que termina matando al felón con astucia de indio en un escenario prieto de rocas y matas, de sabor y olor.

Cómo no recordar el *Idilio Pastoril* donde las violas clásicas son reemplazadas por el amancay blanco y el amancay amarillo, donde las delicadas ofrendas florales para los dioses ceden su lugar al aroma de la menta y la jarilla. La misma gruta de follaje, a la hora del bochorno, la gramilla que cosquillea los pies, el sol, el ensueño. No es Cloe, es Faustina Renfiges, que tras su almuerzo de maíz y charqui espanta los pájaros del trigal, al mismo tiempo que caminando trabaja con su vellón y rueca calchaquí. Es la pajarrera que gozosa recuerda el atrevimiento de días pasados del pastor y vecino Tomasito Chocobar, y cómo pudo alejarlo sin daño.

No hay aquí un Filetas que cante a las ninfas, toque la flauta en honor de Pan, explique a una pareja joven qué es el amor, cuál su poder, cuál su belleza. No hace falta el consejo de vieja tercera alguna, ni el descubrir calidades principescas a los contrayentes antes de la unión al son de himnos nupciales. Aquí el amante aparece de súbito, en el momento oportuno, en un marco que recuerda tantos otros «idilios» que desde la antigüedad dicen las mismas cosas, de distintos modos, pero aquí se encuentran frente a frente como dos vicuñas jóvenes.

Ahí está también el Dávalos burlón de los "opas". Cómo no recordar, por lo menos, a Butrián, de "la especie inofensiva de los opas beatos", que lleva al autor socarrón a mofarse de ciertas costumbres lugareñas pero mucho más de la estupidez de los que no son opas. O el Dávalos, conocedor de la psicología y relaciones de estancieros y servidores. Fácil es imaginar al patrón cuando se nos dice:

"Lucía don Santiago en su estancia la misma indumentaria que el capataz. Pero lo distinguía del gaucho de medio pelo, su altivo gesto hecho a mandar, su persona y barbas, más aliñadas, sus silloneiros de estima que sólo él montaba, su rico tirador con

piezas de oro, su indiscutible pericia en las cosas de a caballo. Nadie lo superaba en elegante destreza cuando en las yerras dábase a pialar por pasatiempo; nadie como él era capaz de largarse monte adentro como flecha por detrás de un toro arisco"... 7.

Patrón para todos, señor y dueño de su concubina. Parco en las palabras, medido en el mando pero capaz de admirar las bellezas de la estancia, de respetar e imponer respeto; y hasta de desarmar con su espada a un capataz, infiel, cuchillero. Juan Carlos Dávalos, aún en estas escenas, de relatos como *De hombre a hombre* sabe contenerse y no cae en la fácil "comedia gauchesca" que más tarde, y después de pasar por el teatro, llenará muchas radionovelas y seguirá frecuentando las tablas.

En su seno, el relato muestra la vetusta casona de adobe y tejas, de tiempos de la colonia, que preside la vida de los enormes lares que forman la estancia de "Los Noques". Muestra el atrevimiento de los sobrinos jóvenes con las jóvenes del servicio, todo dicho con naturalidad, con la naturalidad que puede dar una vida de conocimiento donde el anhelo no se aleja mucho de la realidad. Con paternalismo si se quiere, pero con un paternalismo sincero de patriarca que conoce y ama su clan.

El capataz aparece en su gentil figura como "uno de esos gauchos de tipo moro, alto, corpulento, hermoso, y ágil con sus sesenta años. Pertenecía a esa raza fuerte, con más sangre española que indígena, criada a caballo en los montes de Anta". Todo en un mundo rural de leyendas y presentimientos, de rutina y emociones súbitas. Una y otra vez el paisaje de valle y bosque, de indefinidos rumores que dan encanto o silencios que dan miedo. Aquí también las armas de la familia, donde no faltan la tercerola, el fusil de chispa, la carabina, el remington, "y en una panoplia, un juego de espadas de duelo"...

¿Cuento? ¿Artículo de costumbres? De lo uno y de lo otro. Un guión argumental lento, por momentos invisible, que se teje entre

preciosas estampas, de gran poder de evocación de la Salta que el autor ha vivido. La intención a la vista, el trazo ligero, sentido más que convencional, con gracia, que hablan un castellano dulce y anacrónico que ya se siente así comparado con el castellano pulido —no afectado— del autor culto que relata. Descripciones, estampas. ¿Cómo podía ser de otra manera? Fue el mismo Dávalos, quien en 1921 se confesaba públicamente en una conferencia, diciendo:

“Yo estoy hecho a las cordilleras donde reinan en toda su majestad salvaje las fuerzas eternas y ciegas del mundo. Estoy acostumbrado a contemplar más que a pensar. Soy esta cosa sencilla: un buscador de belleza en el paisaje natal y en las almas ingenuas de mis comprovincianos. Yo admiré en la Naturaleza, un inmenso afán de ser, de realizar todas las formas y todas las posibilidades, la tradición y la leyenda son el pasado mismo que subsiste, no en la letra muerta ni en el grabado oscuro, ni en el vestigio arqueológico, sino en el alma de los hombres como intuición de lo ancestral, como recuerdo traslúcido de los tiempos heroicos, como afirmación evidente de un arraigo inveterado y tenaz sobre la tierra. La tierra, como la mujer, no entrega su alma al propietario, sino al poseedor”⁸.

Queda dicho. El poeta, a quien no le gustaban sus propios versos, siguió siendo poeta en sus versos y en sus relatos, en sus leyendas y fábulas populares, en su escaso teatro y hasta en los decires y aforismos⁹. Hay sí, en todo esto un costumbrismo que

⁸ JUAN CARLOS DÁVALOS, conferencia del 6 de agosto de 1921, en el Jockey Club de Buenos Aires. Citado por JORGE CALVETTI en *Juan Carlos Dávalos*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, p. 12-13.

⁹ Como en este trabajo nos interesa el Dávalos de los relatos, no nos detenemos en su labor de poesía escrita en verso. Sin embargo, como nos parece injusto el a veces peyorativo concepto que afirma el autor tener de sus poemas, creemos conveniente señalar el valor de esos versos. Con sus virtudes y defectos puede rescatarse una serie de poemas que enorgullecerían al mejor poeta. La rara y elocuente comunión entre espontaneidad y cultura —ya hemos hablado de sus lecturas clásicas que lo acompañaron desde la niñez— han llevado al recién citado señor Calvetti a dedicar, en su tomito sobre Dávalos, un capítulo de subido interés a su poesía, que, esperamos, pueda extenderse algún día.

interesa por lo que contiene de creación, por la capacidad de invención, sin olvidar que aún la anécdota ligera o el hecho intrascendente dan a conocer una Argentina no muy conocida, recostada y como abrigada en el noroeste, lejos de la prisa que ya empieza a llegar y que se va adentrando sin pedir permiso. Este costumbrismo interesa no sólo porque pueda llevarnos un espíritu de etnólogo o antropólogo que prevé la pronta pérdida de un soberbio patrimonio digno de estudio, sino también porque es interesante en sí mismo, bello, auténtico.

No es lo único argentino, simplemente es una forma de vida y una forma de hacer literatura dentro del más ancho campo de la cultura argentina. No es tiempo de hacer "argentinidad" pretendiendo agarrarse a tradiciones más o menos folclóricas, más o menos auténticas para confrontarlas en "slogans" contra otros "slogans" que pretenden cambiarlo todo. Ese valor en sí mismo de que hemos hablado no permitiría la confusión, lo auténtico no puede ser manoseado sino cultivado. Juan Carlos Dávalos lo supo hacer a su modo y con arte.

Juan Carlos Dávalos miró, contempló, y cantó lo que sentía en profundidad, no le hizo falta estar a la caza de pintoresquismos, ni caer en la frivolidad de hacer ostentaciones de un "gauchismo" mal entendido con el que a veces y erróneamente se identifica a los argentinos. Dávalos con esa "voz viril y suave, con esa acentuación especial de los salteños que alarga los párrafos como una plancha quita arrugas", al decir de Güiraldes¹⁰, sabe hacerse sentir en su obra espléndido en sus descripciones, rico en sus relatos, sabio en los decires. Nunca su obra literaria estuvo a la busca de tipos "more zoológico". Esto adquiere más valor aun si pensamos en el profesor de Ciencias Naturales del Colegio Nacional, si pensamos en su propia observación de hallarse influido, en su orientación literaria, por estas

10 Carta de Ricardo Güiraldes a su madre (en Buenos Aires), fechada el 22 de julio de 1921, en Salta, y aparecida en *Sur* (Nº 1, verano de 1937). Citada por Horacio Jorge Becco en "Ricardo Güiraldes y Juan Carlos Dávalos, en Salta", en revista *Ficción*, Buenos Aires, Nº 10, noviembre-diciembre de 1957.

ciencias. Alguna vez llega a encerrar toda su obra en la palabra *auto-biografía*, y aclara lo que entiende por *autobiografiar*: "narración de sucesos íntimos de los que se es autor y expectador". Auto-observaciones que frescas aun permanecen en un reportaje que le hizo del diario *Los Andes* y que revelan también su estima —natural en el momento, diríamos— por la filosofía positiva¹¹.

El autor declara la influencia de las ciencias positivas en su orientación literaria pero aunque no lo declare, lo cierto es que es evidente que en sus explicaciones científicas usa métodos "more literario". Así, uno de sus alumnos, admiradores y comentaristas, al recordarlo cariñosamente, puede señalarnos que de todos los escritores que han escrito sobre el "cacuy", el único que ha contemplado el misterioso pájaro es Dávalos, quien después de anotar sus características al estilo científico, finaliza diciendo: "Ningún grito animal traduce mejor que el alarido del "cacuy" la soledad de un alma viviente, y es imposible oírlo sin estremecerse de espanto"¹². Curiosidad científica, poesía.

La digresión oportuna, no para llenar algunas páginas y ocultar poca invención, la digresión consecuente con ella misma, cuando el relato lo permite o cuando el autor cree que es más importante la noticia que el relato. Sin embargo, la objetividad asume permanentemente su papel, sin aristas de rigor sino con la benevolencia del que sabe y no tiene apuro, del que imagina y no teme al olvido ni la escasez. La economía del relato será pues una consecuencia que nos señalará qué narraciones se acercan más al cuento —si es que cabe definir al cuento— e implicará una técnica más estricta, una obra más adusta. Cuando lo que interesa es el contar o cantar cosas, sin mayor disciplina estructural, tendremos otras narraciones a las cuales podremos denominar cuento, relato, conseja, apólogo, leyenda o artículo de costumbres pero cuyo valor habremos de encon-

11 El reportaje epistolar lo hizo Sixto Martelli y apareció en *Los Andes*, Mendoza, y fue reproducido en *La venus de los barriales*.

12 AMADEO RODOLFO SIROLLI, *Juan Carlos Dávalos y su obra*, Salta, 1964., p. 70.

trar en la narración misma y no a partir de definiciones que actúen como premisas o de organizaciones estructurales previas. En una u otra faz, en la del cuento escueto o en la del costumbrismo lo que vale es el escritor de genio, quien obtendrá, como en el caso de Juan Carlos Dávalos, logros magníficos.

Mendoza, en la primavera de 1972.